



Han, Byung-Chul (2016): *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona, Herder Editorial, 127 pp.

En su libro *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder* Byung-Chul Han —considerado— como uno de los filósofos más influyentes en el pensamiento contemporáneo— ahonda en la crítica hacia el capitalismo neoliberal a partir de su análisis de la psicopolítica, entendida como un poder seductor que consigue que los individuos se sometan voluntariamente al entramado de la dominación. Así, mantiene que en el sistema neoliberal el sujeto participa en los procesos de autoexplotación en su búsqueda constante de rendimiento —o de productividad—, por lo que el capital se sirve del individuo, convirtiendo la libertad individual en libertad de capital. Y en esa relación de autoexplotación individual, la lucha de clases se transforma en una lucha personal, interna. Por otro lado, y de manera inconsciente, el individuo manifiesta culpabilidad hacia un capital que eleva como sagrado y ante el que siempre está en deuda, renunciando con ello a toda acción libre: “quizás incluso nos endeudamos permanentemente para no tener que actuar, esto es, para no tener que ser *libres* ni *responsables*. (...) ¿No es el capital un *nuevo Dios* que otra vez nos hace culpables? (p. 20).

La autoexplotación y autoculpabilidad se convierten en mecanismo de autovigilancia en lo que Han denomina panóptico digital, recuperando el concepto arquitectónico de Jeremy Bentham y el distópico de George Orwell. La ilusión de libertad también se manifiesta en la demanda de transparencia y en la necesidad de compartir toda clase de datos en la esfera digital, para generar y consumir información, eliminando toda clase de barreras —incluidas las psicológicas—. Así se “desinterioriza” al individuo en pro de la comunicación quedando expuesto a la mirada del Otro. Ello trasforma al ciudadano en consumidor. Este demanda desnudez personal, que cada cual comparta su intimidad, en vez de focalizar su atención en la transparencia de los procesos de toma de decisión. De esta manera, las protestas ciudadanas se limitan a un refunfuñar, como si el ciudadano fuera en realidad un cliente desencantado que se conforma con completar la hoja de reclamaciones. Los partidos hacen lo propio y “se degradan a proveedores que han de satisfacer a los votantes en cuanto consumidores o clientes” (p. 23). De este modo, el sujeto se somete voluntariamente a este entramado de poder sutil, consumiendo y comunicando, lo que incrementa en él la dependencia hacia el *me gusta*. En palabras de Han “el neoliberalismo es el *capitalismo del me gusta*” (p. 30).

Con ello, el autor identifica a la *psique* como el principal recurso productivo del sistema actual, pues lo que se produce son objetos no-físicos como la información, lo que obliga al sujeto a optimizar sus procesos psicológicos. Han entiende que las “tecnologías del yo” –aquellas con las que los individuos fijan normas de conducta y buscan transformarse a sí mismos–, forman parte de la dominación del individuo, puesto que recurre a ellas para optimizarse en función de la norma social, cosa que Foucault –autor del término– no reflejó: “Foucault no ve ni que *el régimen neoliberal de dominación acapara totalmente la tecnología del yo* ni que la permanente optimización propia, en cuanto técnica del yo neoliberal, no es otra cosa que una eficiente forma de dominación y explotación” (p. 45). Dominación y explotación que se transforma en autoexplotación con apariencia de libertad y que conlleva un constante autoconsumo del yo motivado por la búsqueda permanente de la optimización personal.

En este proceso el individuo ha de reconducir los pensamientos negativos para hacerlos positivos e, incluso, debe explotar el dolor que le puede llevar a la optimización, como por ejemplo la presión que incita a la superación. Por ello, Han considera que *la doctrina del shock* de Naomi Klein no está vigente en la sociedad neoliberal. Dicha teoría se fundamenta en el sufrimiento como medio de control. “El shock desimpregna y vacía el alma. Desarma a la sociedad hasta el punto de que se someta voluntariamente a una reprogramación radical. Mientras los hombres aún están paralizados, traumatizados por la catástrofe, se someten a una reprogramación” (p. 55). Por el contrario, lo que predomina en la sociedad actual es la positividad: “la psicopolítica neoliberal es una política inteligente que busca agradar en lugar de someter” (p. 57). Por tanto, la técnica de poder neoliberal maximiza el consumo, la abundancia y la positividad animando al sujeto a comunicar y consumir. Solo así el individuo comparte su información sin necesidad de tener que extraérsela a la fuerza.

En este sentido, la mejor manera de someter al individuo a esta forma de control es explotando sus emociones, haciendo de ellas medios de producción. Se venden significados emocionales que se vinculan a la libertad con el objetivo de generar inestabilidad e impulsividad en el proceso productivo. “La aceleración de la comunicación favorece su *emocionalización*, ya que la racionalidad es *más lenta* que la emocionalidad” (p. 72). Se sobre-estimula a los individuos buscando sus emociones positivas para que se animen a consumir y comunicar más rápido y más veces de manera incesante, puesto que las emociones con las que se vinculan a los productos son infinitas. Dicho de otro modo, el autor entiende que la emoción conduce a la acción y controlando a las emociones la psicopolítica influye en las acciones del individuo. Con ello, de alguna manera el capitalismo neoliberal “ludifica” la vida y el trabajo para hacer de las interacciones sociales algo entretenido, incrementando así la productividad y la información disponible. Un ejemplo es el *me gusta* a través del cual el individuo obtiene un refuerzo positivo instantáneo que le incita a seguir compartiendo datos personales que no tardarán en ser mercantilizados.

De esta manera, uno de los rasgos más característicos de lo que Han denomina segunda Ilustración es el “dataísmo”, o la tendencia a convertir todo en datos e información, siendo sus pilares la información, los datos y la transparencia. Cualquier movimiento del individuo es susceptible de tener un valor comercial y

ahí es donde gana toda su relevancia el *Big Data*, dado que con tal disciplina se puede analizar la ingente cantidad de datos que se generan en Internet, asentándose así el “totalitarismo digital”. En él no solo todos están vigilados por todos, sino que incluso se fomenta la autovigilancia o autocontrol a través de las “tecnologías del yo”, con las que el individuo extrae datos sobre sí mismo –ritmo cardíaco, peso, sudoración...– para después compartirlos en la red. Dichos datos carecen de narrativa, por lo que no proporcionan conocimiento al individuo sobre sí mismo –el yo es un relato y no una suma de datos–, sino que sirve para fortalecer esa autovigilancia. De este modo, según el autor, se llega a tal punto que los objetos “inteligentes” controlan al individuo: “la extensión de la internet de las personas, web 2.0, a la internet de las cosas, web 3.0, es la culminación de la sociedad de control digital. La web 3.0 hace posible un registro total de la vida. Ahora también nos vigilan las cosas que usamos diariamente” (p. 94).

En lo político, esto refuerza la transformación del ciudadano en consumidor. El *Big Data* permite recopilar datos muy precisos sobre los sujetos y con ellos se puede practicar el *microtargeting* que permite construir mensajes personalizados. Además, plantea la posibilidad de conocer los comportamientos futuros mediante algoritmos inteligentes, agudizando de esta forma la construcción del discurso político. Así, las fronteras del Estado y del mercado se entremezclan: “hoy se trata a los hombres y se comercia con ellos como paquetes de datos susceptibles de ser explotados económicamente” (p. 98).

Con esta obra, Han identifica a la psicopolítica como el medio de dominación del capitalismo neoliberal con el que se somete voluntariamente a los individuos. La *psique* se sitúa de esta manera en el centro de la estrategia de dominación, pues a través de la búsqueda de las emociones positivas se incentiva a los individuos a compartir sus experiencias, a optimizar su yo para dar siempre más de sí y a demandar transparencia a través de todo un entramado de comunicación y consumismo, que les ubica como observadores y objetos de observación, transformándose así al ciudadano como un consumidor sujeto a una vigilancia y autovigilancia constante y voluntaria. Solo mediante la “despsicologización” el individuo será capaz de resistir a esta dominación neoliberal, vaciando al sujeto y desconectándolo para a través del idiotismo –corriente filosófica– “construir *espacios libres de silencio, quietud y soledad* en los que es posible decir algo que realmente merece ser dicho” (pp. 122 y 123).

Moisés Alonso Baratas Correo  
Universidad Complutense de Madrid  
moisesalonso@ucm.es